



Alone LO DIJO

“La vida simplemente”, novela de Oscar Castro.

Varios otros adverbios, a más de “simplemente”, admitía sin dificultad esta novela póstuma del gran poeta. Por ejemplo: “sinceramente, desnudamente, crudamente...”. Será una sorpresa para muchos y para no pocos cierto desencanto

hallar, donde acaso esperaban un dulce idilio, ásperas pinturas de la realidad prosaica, escenas y cuadros que entremezclan el vicio a la miseria, los harapos materiales al desorden moral, no sin exhibición de escándalos y crímenes.

Todo ello obedece a una lógica interna que, desde un punto de vista lo justifica y, desde otro, lo ennoblece.

El argumento, o sea la materia de que el autor disponía y que ningún artista verdadero “elige”, porque, si es honrado, se le impone, consiste en la historia de un niño nacido y criado en la última pobreza en los suburbios de una ciudad provinciana, entre arrapiezos de la peor especie y próximo a “la casa del farol azul”: un lenocinio. El padre y el hermano mayor “se fueron al norte” y el hogar subsiste a duras penas mediante el heroico trabajo de la madre que sólo puede proporcionar a sus hijos lo estrictamente indispensable para no morir. Cuando el hambre arrecia, el chico acude al vecindario y las pensionistas de la casa vecina le encargan pequeñas comisiones a cambio de modestas propinas. De este modo, entra en su intimidad y, a falta de escuela, tiene allí el espectáculo del ocio diurno y las fiestas nocturnas, cotidianamente, con todas las incidencias que se pueden calcular.

Sin embargo, el muchacho no rueda.

Hay en él un germen superior, una chispita, depositada acaso en su espíritu por la virtud materna; ama los libros, escóndese entre los matorrales junto al río para leer; mientras los otros se bañan o van de ratería, su instinto lo lleva hacia las cosas nobles y altas. Es una especie de gravitación.

La ayuda egoísta y desganada, pero eficaz y oportuna de un pariente rico, permítele entrar a la escuela primaria y revelarse.

Ya sabemos que no se perderá.

No presenta mayores enredos la historia.

¿Cómo lograr que esta fábula, cándida, este apólogo elemental del niño bueno entre la gente mala, esta romántica “flor del fango”, predestinada a servir de ejemplo en manuales pedagógicos, se convirtiera en una obra de arte, alcanzara categoría estética efectiva, libre de dulzuras convencionales, mil veces trilladas?

Creemos que semejante transmutación sólo podía operarla el ácido corrosivo de un realismo intransigente, la crudeza de la verdad sin contemplaciones, un tono

duro, impasible y verídico hasta sangrar.

Y así es. Oscar Castro da aquí la impresión de haberse abierto las entrañas.

Esto plantea una cuestión delicada que, justamente, acaba de discutir con magistral experiencia un biógrafo ilustre.

Preguntándose hasta qué punto hay derecho para completar la interpretación de una novela adelantando a la vida privada del novelista:

“Henri Rambaud, ensayista penetrante, profundo —dice Maurois en *Les Nouvelles Littéraires* de 2 de agosto último— acaba de escribir para un libro de François Derais “L’Envers du Journal de Gide” un importante estudio sobre lo que llama el deber de la indiscreción”.

El título adelanta la conclusión y ahorra comentarios.

Por lo demás, quien conozca el rumbo que a la crítica francesa imprimió *Sainte-Beuve* y la predilección de *Taine* por “los pequeños hechos significativos”, no se sorprenderá de ningún buceo en ningún rincón de la vida secreta. Todas las puertas deben abrirse y las cortinas levantarse cuando el investigador se presenta con su lámpara.

“¿Qué argumentos usan los que predicaban un discreto silencio? —añade Maurois—. Ante todo, que revelar las debilidades de los grandes hombres disminuye a nuestros ojos a quienes fueron nuestros guías y continuaban siéndolo. Jorge Sand encarnó para varias generaciones un ideal de libertad y emancipación. ¿A qué hurguear sus amoríos? Victor Hugo, durante el destierro, convirtió en ejemplar de héroe. No conviene mostrar sus vacilaciones. Gide infundió a muchos jóvenes un fervor eficaz. Callemos que su sinceridad era tortuosa”.

Son las razones que aducen los enemigos de *Encina*, dándole por su misma enemistad un título al interés de lectores que acaso le habría costado conquistar. Y ya tenemos un motivo para no guardar silencio: la apasionada curiosidad que la verdad despierta no sólo en los espíritus ligeros. Todo hombre siente apetito de ver claro y pisar firme. La simple apariencia no le satisface y atacan sin querer a los oídos quienes predicaban la conveniencia de disfrazarlos con rayos artificiales.

Pero nos alejamos de la cuestión.

En la obra de arte, otras razones aconsejan completar la creación mediante el conocimiento del creador. Una obra de arte, una poesía, una novela no constituye un ser independiente, libre, sin raíces. Por el contrario, su raíz, *Ortega* diría su circunstancia, forma parte de ella misma, no sólo la completa sino que la explica y suministra existencia; nada se entiende completamente sin ella. De ahí la curiosidad natural e irresistible que lleva del interés